

A principios del año 1983, con el Partido Socialista Obrero Español estrenándose en el poder, los españoles pudieron ver en el Telediario cómo los ministros de Sanidad, de Trabajo y de Industria firmaban un acuerdo con las empresas farmacéuticas largamente negociado. Era una noticia más de la crónica del día servida por televisión. La diferencia con el resto de las noticias era que no había sucedido exactamente como la veían los telespectadores. Los ministros simplemente estaban interpretando.

El equipo de Televisión Española encargado de informar del acto había llegado tarde a la cita y, tras la firma efectiva del documento, los ministros fingieron una nueva rúbrica para el Telediario. La anécdota fue publicada por los periódicos. Los ministros interpretaron un papel ante las cámaras, «actuaron» como ministros. Es decir: se convirtieron en actores del Telediario de la única televisión de España.

Su papel había sido muy parecido al de esos empleados de televisión que hacen que tocan el violín o que hacen que soplan la flauta. A la espalda de Bertín Osborne o de Mari Trini, unos «músicos» de televisión se ganan la vida «actuando» como músicos, haciendo creer a los telespectadores que lo que oyen sale de los instrumentos que tienen entre manos.

La televisión es la industria de la magia. Es el invento capaz de convencer a cualquiera de que aquello que ve es la verdad, es lo que realmente ocurre o efectivamente ha sucedido. Esa magistral facilidad para hacer creíble el truco convierte a la televisión en el instrumento más preciado para el dominio de las masas y no sólo el poder tiene un reverencial respeto hacia el invento sino que es capaz de someterse él mismo al trucaje, a la tiranía peculiar del propio medio, para, a través de él, influir en los gobernados.

El título de este libro, *La gran mentira, es una gran verdad*. La televisión única, monopolista, que todos nos sentimos obligados a ver porque no hay otra, es el escaparate de una gran mentira. No sólo porque los políticos aparezcan en ella como actores —ahora los del PSOE, antes los de UCD, antes los de antes—; no sólo porque ni canten los que cantan ni toquen los que tocan. Sobre todo, porque la televisión única y estatal es la televisión de quien nos manda, es un instrumento de poder de quien nos domina, es un arma de complejos filos que nos alcanza, que nos ataca, desde los espacios de nuestra intimidad cotidiana.

*Este libro trata de exponer lo que es en realidad la televisión única de España, más allá, o detrás, del espectáculo de los telefilmes y los concursos más populares. Trata de explicar cómo un medio de comunicación, el más poderoso, se halla en medio de una terca batalla política que sumerge en los tenaces intentos por su control las buenas intenciones en favor de la comunicación libre e independiente.*

*Desde que nació, la televisión ha sido patrimonio del poder. Como ha ocurrido en la historia de los avances técnicos de la comunicación, en la que junto a la innovación se han multiplicado los afanes paralelos del poder para lograr su control, la televisión fue en un principio «propiedad» del poder, y lo sigue siendo en las sociedades a las que no ha llegado todavía la libertad política. En otras comunidades, el poder ha cedido parte de su dominio sobre la televisión a determinados controles sociales que no han logrado, sin embargo, en la mayoría de ellos, desembarazarla de la tenaza política. Allí donde se han conseguido cotas más altas de libertad, la televisión es una actividad dejada a la gestión espontánea de los particulares.*

*En España nos hallamos en esa etapa intermedia en camino hacia la libertad de expresión televisiva, después de que legalmente se modificara su status para una menor dependencia del poder. Pero el poder ni ha dejado de dominar el medio ni ha renunciado a numerosas cautelas que le permiten mandar en televisión, imponer su concepto de la vida, de las cosas, trasladar su ideario político hasta los últimos minutos de la programación.*

*Quizá por una deformación profesional, he atendido más a los problemas de la tarea informativa en televisión que a los de otras áreas creativas. Pero pienso que un análisis del control político de la televisión ha de basarse sobre todo en las huellas que deja el poder en la función informativa, verdadera piedra de toque de las intenciones del poder. Una de las principales preocupaciones del poder es la información y su tentación más frecuente es imponer sus dictados sobre el libre fluir de las noticias. No obstante, en el conjunto de la programación, y lo digo ya desde aquí, puede descubrirse la marca del poder, lo cual es una prueba incontestable de la subordinación del medio a la política. Nada hay más fácil que apreciar el cambio de partido gobernante en la pantalla del monopolio.*

*Quiero precisar en este prólogo una cuestión que me parece elemental. Este libro contiene una crítica a la televisión estatal y monopolista de España. Pero es una crítica «sólo» a televisión, no a lo que está más allá de la televisión. Yo creo que la televisión es una asignatura pendiente del sistema político que felizmente impera en España y creo, además, que quienes manejan la televisión se sienten igual de felices con la democracia de la Constitución de 1978. Pero partiendo de la misma base, que sería la misma trinchera si la desgracia política cayera sobre España, como lo fue antes de que llegara la libertad y para conquistarla, partiendo de la misma base, digo, tenemos convencimientos distintos sobre el problema. Absténganse, pues, quienes quieran hacer con la crítica a la televisión algo más que crítica a esa cuestión concreta y puntual del panorama político español.*

*Y debo precisar también que los reproches a la televisión que padecemos se hacen dejando al margen a los profesionales que luchan por algo*

*tan simple como por que les dejen hacer su trabajo. La televisión monopolista es tan deficiente a pesar de sus profesionales, muchos de los cuales se sienten a disgusto en un medio en el que predominan los criterios políticos sobre lo demás. Los testimonios de los profesionales abrumados por el control, desalentados y desengañados son muy abundantes y aunque sólo fuera por eso habría que denunciar el uso partidista que el poder hace de la televisión.*

*Dos palabras más sobre el contenido concreto del libro. He arrancado el análisis del control político de la televisión de la promulgación del Estatuto, porque en esa fecha, enero de 1980, el organismo RTVE pasa a gozar de una teórica independencia respecto al poder. Antes del Estatuto, la televisión es, con algunos intentos fallidos de evitarlo, una prolongación ininterrumpida del poder. Después... prácticamente también. Lo que diferencia las dos situaciones es que, tras el Estatuto, el control político está formalmente desmentido, legalmente impedido.*

*He tratado de escribir un libro fácil de leer, a mitad de camino entre el reportaje y el ensayo. Hacer un reportaje sobre televisión, posibilidad ciertamente tentadora, tenía el riesgo de ignorar algunas cuestiones conceptuales inevitables para entender el fenómeno televisivo que nos preocupa. Redactar un barbado ensayo era poner el libro a alguna distancia de muchos, cuando su contenido es frecuente motivo de tertulia y preocupación muy popular. El lector dirá si he acertado en el empeño.*

*Lo que la forma del libro no ha impedido, como no podía ser de otro modo, es la confirmación de los datos vertidos en él. He tratado de ratificar todos los datos. Muchos de ellos llevan referencia a pie de página. Pero el lector comprenderá que otros muchos proceden de fuentes de mención imposible. La tarea informativa se basa con frecuencia en la confidencialidad y ello exige la cuidadosa ocultación de nombres, de cargos y situaciones.*

*Como este libro tiene su origen en las técnicas de la información, el capítulo de reconocimientos ha de estar también sometido al anonimato. He hablado con muchos trabajadores de televisión cuya mención acaso sería más perjudicial que gratificante. Me fueron muy útiles las conversaciones que mantuve con los políticos preocupados y ocupados por la televisión que me atendieron, a los cuales, y ellos saben quiénes son, agradezco el tiempo que perdieron conmigo. Debo dejar constancia también de la atención que me prestaron los directores generales de RTVE, a quienes fatigué con mis preguntas, que no tuvieron inconveniente en dedicarme largas, y supongo que para ellos tediosas, sesiones. Dos buenos amigos míos, profesionales de la televisión, se tomaron el trabajo de leer el original y de regalarme valiosas sugerencias. María Jesús García y Margarita Calvo me facilitaron la tarea de documentación que exigía el libro. Y mis familiares y mis amigos hicieron lo posible para que yo me dedicara con tranquilidad a escribirlo. Debo decir que mientras lo trabajé encontré en él un sugestivo modo de diversión. Y eso compensa y compensará, seguro, algunos sinsabores.*

Los Molinos (Madrid), julio de 1983.